

Un telegrama de a peseta equivocado

(Cien años de «La verbena de la Paloma»)

“Mi querido Bretón: me congratulo de poder rendir un homenaje al talento de los músicos españoles, tan poco conocidos en Francia, y que merecen tanto serlo; desde el ilustre Gaztambide, hasta usted, querido Bretón, hay toda una pléyade que merece despertar un gran interés: en ninguna otra parte se encontrará una tal abundancia melódica, exaltada por esos ritmos fuertes y pintorescos de los cuales su patria tiene la exclusiva. Hace veinte años, viajando por España en busca de la salud, descubrí esa mina de oro de la “zarzuela”, que casi me era desconocida. Era en el momento del triunfo de *Certamen Nacional*, *La marcha de Cádiz*, *De Madrid a París*, *Chateau-Margaux*, *Cómo está la sociedad*, *Los lobos marinos*, *El dúo de la Africana* y tantas otras. Un poco más tarde llegó su maravillosa *Verbena de la Paloma*.
¡Una obra maestra!”

Camille Saint-Saens.
París, 13 de junio de 1913.

Por Manuel Lagos

Ricardo de la Vega, legítimo heredero del arte de Ramón de la Cruz e hijo de Ventura de la Vega, recibía todas las noches en su casa a un cajista que enviaba la imprenta donde sus sainetes se imprimían para corregir las galeradas, pues dado lo ilegible de su letra los errores eran muchos. Cierta día el cajista llegó sombrío y don Ricardo, curioso, supo de cómo cierta muchacha le daba celos con un viejo verde amenazándole con irse con él a la verbena; un pedazo de vida callejera, “une tranche de vie”, que del barrio de la Fuentecilla pasó a las tablas como nunca lo había hecho el alma popular, como acaso no lo haga jamás.

El texto lo entregó el afamado libretista a la empresa del Teatro Apolo y ésta puso en manos de Ruperto Chapí el reto de musicarlo. El estreno fue anunciado para los primeros días de 1894, pero el día 10 de enero “La Correspondencia” publicó: “Un popular músico ha retirado del teatro Apolo todas las obras de que es autor”. Parece ser que Chapí no se entendía en ese momento tan bien como en otros tiempos con Arregui y Arruej —empresarios de Apolo— y marchó con sus pentagramas a Eslava. De estas desavenencias de Chapí con Apolo nacería la Sociedad de Autores.

A pesar de lo simple del suceso, un rumor popular aseguraba que don Ruperto Chapí había puesto una música tal a la obra que había disgustado a su libretista hasta el punto de retirar el texto de sus manos. No obstante Chapí nunca llegó a escribir una nota para el sainete de Ricardo de

la Vega, por mucho que la partitura de *El tambor de granaderos* fuera estrenada el mismo año y se dé la coincidencia de que algunos versos de Ricardo de la Vega se adaptan en ella como en un guante, como en un mal guante. El ejemplo siempre reiterado como justificación de la leyenda expone que los versos de Sánchez Pastor para *El Tambor...*:

“¡Yo ni beso ni juro esa infamia de la patria ignominia y baldón”

Venían a llenar el hueco musical que habían dejado los de Ricardo de la Vega:

“¿Dónde vas con mantón de manila?
¿Dónde vas con vestido chiné?”

Pero ¿dónde cabe creer que el autor de *La revoltosa*, *La bruja* y tantas otras hubiera estado tan desafortunado en la recreación de un ambiente musical?

* * *

Pasaba Ricardo de la Vega grandes ratos con Barbieri, colaborador de su padre Ventura en títulos tales como *Jugar con fuego* y suyo, pues las últimas notas de Barbieri fueron para un sainete de don Ricardo: *El señor Luis el Tumbón o el despacho de huevos frescos*. Y cierto día...

— ¿Cómo titulas el sainete, Ricardito?
— *La verbena de la Paloma o El boticario y las chulapas y Celos mal reprimidos*.
— Tú siempre aficionado a los títulos

inacabables. Y, por fin, ¿Quién le pone música?

— Tomás Bretón.

— ¡Pero Ricardito! ¡Bretón musicando un sainete! ¿Estás en tus cabales? ¿Cómo no se lo has dado a Chueca?

— Lo intenté, pero no quiso por tiquis miquis de compañerismo. Teme que se enfada de Chapí.

— ¡Vaya por Dios! ¡Música sabia en un sainete tuyo!

— Pues no crea usted; a mí me gusta lo que lleva hecho. Claro que el público, no sé... Ya veremos...

— Nada, nada: Bretón no tié ropa.”

El día 15 de Enero de 1894 “El Liberal” publicó en su sección “Entre bastidores” lo siguiente: “Bretón lleva muy adelantada la música del sainete de Vega *El boticario y las chulapas*. La obra tendrá tres decoraciones nuevas con mutaciones a la vista y exigirá el concurso de toda la compañía del teatro Apolo y de numerosa comparsaría.” Diecinueve días tardó Bretón en componer la partitura.

La expectación que levantó su estreno fue tal que cinco días antes ya no quedaba por vender ni una sola entrada. El domingo 11 de febrero había muerto el Maestro Arrieta, autor de la ópera *Marina*; la cartelera madrileña tenía sus éxitos más resonantes en *Zaragüeta* y *La de San Quintín* que se estaban representando en Lara y la Comedia. En política se celebraba la mejoría de Sagasta y la reunión de republicanos en el café Inglés. En los mercados se hablaba de los duendes aparecidos en la calle del Mediodía Chica y en las tabernas se lloraba la retirada del “Guerra”.

Ricardo de la Vega llegó a las puertas de Apolo del brazo de Ramos Carrión, el libretista de *Agua*, *azucarillos* y *aguardiente*, la noche del 17 de febrero de 1894. Aquella noche de sábado corrían chuscos comentarios sobre el título —*La verbena de la Paloma o el boticario y las chulapas y celos mal reprimidos*— que constaba de quince palabras como los telegramas de a peseta. En butacas se agolpaba la intelectualidad, Peña y Goñi, Menéndez Pelayo, Blasco, Chueca, Vital Aza, Celso Lucio, Clarín... En palcos se asomaba la Pardo Bazán, Echeagaray, Luceño, Dicenta, Pérez y González, Moret...

A las diez menos cuarto el maestro Bretón apareció ante el atril, miró al primer violín y le espetó:

— ¡Me parece que en esta ocasión me he equivocado!”

El Preludio hubo de ser repetido. Madrid se vio retratado y lo agradeció, pues desde el 18 de diciembre de 1874 fecha del estreno de *El barberillo de Lavapiés*, no habían sonado aires tan hondamente populares en el Teatro. Quizá y al contrario de lo que él pensaba fuera esta la única vez

que había acertado don Tomás Bretón, un músico de altos vuelos, afamado entre los técnicos del pentagrama y los "dilettanti"; él, tan clasicista y serio, recogió el alma de Madrid en su partitura perfilando los sentimientos de cada personaje o de la colectividad -el coro- pero reflejando el estado de ánimo de cada uno de sus componentes, como así percibimos en el concertante que resuelve el famoso dúo: "¿Dónde vas con mantón de Manila?". O en el segundo cuadro de la obra, donde al jadeante sollozo de la "soleá" andaluza contesta la socarrona risa de la canción madrileña, enlazándose posteriormente y fundiéndose en lo que Ixart llamó "Un compuesto raro de la eterna amargura y la penetrante ironía de la música popular española".

La noche del estreno contó con escenografías de Bussato y Amalio Fernández. El reparto contó con las primeras figuras del momento en género chico, destacándose en héroe de la jornada Emilio Mesejo, pues el público sintió suyo al "Julián" un "honrado cajista" —el mismo oficio, como ha visto Andrés Amorós, que tenía Pablo Iglesias— cuyo pequeño drama es llevado a la universalidad:

"También la gente del pueblo
tiene su corazoncito ..."

Y que hace rodar la chistera del boticario por el suelo, símbolo de la jerarquía social que cae bajo la mano ofendida del hijo del pueblo.

Los demás personajes contaron con el siguiente reparto:

Don Hilarión...	Manuel Rodríguez.
Don Sebastián...	Melchor Ramiro.
Señá Rita...	Leocadia Alba.
Susana...	Luisa Campos.
Casta...	Irene Alba.
Tía Antonia...	Pilar Vidal.
Cantaora...	"La llanos".
Tabernero...	José Mesejo.
Doña Severiana...	Sra. Rodríguez.
Doña Mariquita...	Sra. Palmer.
Coro y comparsas.	

Sin embargo la verdadera e indiscutible protagonista del sainete es la verbena. Aún cuando la verbena de la virgen de la Paloma no hubiera tenido tanto arraigo en Madrid, esta se habría popularizado gracias al sainete de Ricardo de la Vega, de tal forma que hoy no es posible hablar de dicha fiesta sin hacer mención de esta obra. Los ambientes recreados en tabernas, buñolerías, boticas, trastiendas, plazuelas, recovecos de calles en silencio —el "Nocturno"— y las gentes que van a la verbena se erigen en un microcosmos de diversas tonalidades, reflejos de una cotidianidad hiperrealista. De este reflejo nace esa gama de frases hechas, frases que hoy ya son del acervo popular y que se han instaurado entre nosotros como si de refranes se tratara. Frases que se escuchan cada vez menos pero que no se han perdido. Y si no díganlo:

- "Hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad."
- "¡Maldita sea la..."
- "¡Julián, que tiés madre!"
- "Una morena y una rubia, hijas del pueblo de Madrid."
- "¿Dónde vas con mantón de Manila? ¿Dónde vas con vestido chiné?"

— "Por ser la virgen
de la Paloma,
un mantón de la China-na,
China-na te voy a regalar."

La mañana del 18 de febrero Ricardo de la Vega se pasó por casa de Barbieri:

- ¿Qué tal anoche, Ricardito?
- ¡Una apoteosis, maestro! Algo inaudito, increíble. Estamos asustados.
- Pero..., ¿la música también?
- ¡La música, la música! Es formidable, magnífica, un modelo de ambiente, de madrileñismo. No cabe más.
- Pues hijo, con el alma me alegro; pero nunca lo hubiera creído; porque ya sabe: para mí, Bretón no tié ropa."

El 19 moría Francisco Asenjo Barbieri, llevado a enterrar en el mismo coche fúnebre que condujo a Zorrilla. Días después el éxito como reguero de pólvora se extendió por toda España y trascendió a América donde en Buenos Aires llegó a representarse en cinco teatros a la vez. Rápidamente López Marín, Gabaldón y Pérez Zúñiga escribieron el "presentimiento cómico-lírico y casi bufo en prosa y verso titulado *La romería del halcón o el alquimista y las villanas y desdenes mal fingidos*, con música de Luis Arnedo y Teodoro San José. Parodia en la línea de las que solían realizarse con óperas o comedias de éxito. Cuando en 1929 se cerró Apolo, eligió para bajar su último telón las notas de *La verbena*.

* * *

Esta obrita representa en todo el mundo al teatro musical español. Nunca hay una referencia cultural a nuestro país que no la incluya, ella ha situado a sus autores en la misma lista que se encuentran Cervantes, Calderón, Velázquez, Goya, Albéniz, Falla, Picasso, etc. Supo abrirse camino en el mundo del cine en varias ocasiones, logrando de la mano de Benito Perojo —con Selica Pérez Carpio, Raquel Rodrigo y Miguel Ligerio entre otros— crear el único film español conformado como un musical. A lo largo de estos cien años que celebramos ha conseguido múltiples puestas en escena entre las que destacan la de José Tamayo para La Corrala en los años cincuenta y la más reciente de José Luis Alonso para el Teatro de la Zarzuela, con José Bódalo en el papel de "Don Hilarión". No hay Compañía Lírica que no la lleve en repertorio y es junto al *Don Juan Tenorio* de Zorrilla la obra del teatro español que más veces ha pisado las tablas.

Madrid —palabra que no aparece en las acotaciones del libreto— ha inspirado quizá sin proponerselo la única obra de teatro absolutamente nacida del pueblo para el pueblo y con el pueblo. Hoy, cien años después, nuestro homenaje más sincero a don Tomás y a don Ricardo porque seguimos teniendo "...corazoncito y lágrimas en los ojos".

Madrid, 17 de febrero de 1994.



Dúo de Julián y Susana de "La Verbena de la Paloma".

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- Deleito y Piñuela, José: *Origen y apogeo del género chico*, "Revista de Occidente", Madrid, 1949.
- Martínez Olmedilla, Augusto: *El maestro Barbieri y su tiempo*, Ediciones Españolas, S.A., Madrid, 1941.
- Ruíz Albéniz, V. ("Chispero"): *Teatro Apolo, 1873-1929*, Prensa Castellana, Madrid.

Zurita, Marciano: *Historia del género chico*, Ed. Prensa Popular, Madrid, 1920.

Edición utilizada del libreto:

Vega, Ricardo de la: *La verbena de la Paloma o El boticario y las chulapas y Celos mal reprimidos*, "La novela cómica", Madrid.